



«Y he aquí que mi canal se ha convertido en río, y mi río se ha hecho un mar. Haré brillar mi enseñanza como la aurora para que ilumine a las distancias; derramaré doctrina como profecía y la legaré a las futuras generaciones. Mirad que no he trabajado para mí solo, sino para todos los que la buscan» (Si 24 ,31-34).

Queridos Hermanos,

Estas palabras del libro de Siracida bien muestran lo que ha sido la vida de nuestro Padre San Benito, cuya solemnidad hoy celebramos. Escribió una Regla de monjes, y por medio de ella se convirtió en Padre de los monjes de Occidente, Patrono de Europa y «Fundador» de la llamada más tarde «Orden Benedictina». Esta cuenta en la actualidad con unos

10.000 monjes y monjas, ha dado a la Iglesia más de 30 Papas, unos centenares de obispos y cardenales, y santos para cada día del año. Basta ver hasta qué punto su legado, más aun, él mismo está vivo hoy, ya que con sólo poner su nombre en el google aparecen miles de sitios web. Además el último Romano Pontífice ha querido llevar su nombre en esta hora de la historia, cosa digna de pensarse. San Benito es uno de los «arquitectos» de la gestación de un nuevo mundo: cuando el Imperio Romano, puesto que estaba debilitado y corroído por dentro, fue devastado por fuera mediante las invasiones de los pueblos bárbaros, gracias al aporte de nuestro Padre, nació un mundo cristiano, como fue la Cristianad Medieval (tan devaluada por la historiografía post -ilustrada). Los autores espirituales enseñan que Dios concede a los fundadores vivir en forma anticipada, de alguna manera misteriosa, lo que van a transmitir a sus hijos. ¡Qué obra tan grandiosa ha realizado el Espíritu Santo en la mente y en el corazón de San Benito para que su vida haya sido a tal punto fructífera e imperecedera! Como dice el libro de Siracida: *«Y he aquí que mi canal se ha convertido en río, y mi río se ha hecho un mar»*.

Para penetrar en lo que podríamos llamar el misterio de nuestro Bienaventurado Padre, quiero invitarlos a realizar un recorrido hacia su interioridad. Un recorrido que parta no en el momento de su conversión, sino que comience en el mundo actual y desde él se dirija hacia la vida de nuestro santo. Es un caminar en dirección contraria, que espero ha de ayudarnos a tener mayor luz y a ampliar nuestra reflexión sobre los grandes problemas y luces de la historia del mundo. Dicho de otra manera, espero que esta mirada nos ayude a comprender, desde el estado final de nuestra civilización occidental, aquello que *se gestó en el corazón del Patriarca y Patrono de Occidente y que dio origen a los mil años de soberanía social de Cristo rey*.

Siguiendo en algunos aspectos el análisis que el filósofo ruso existencialista Nicolás Berdiaeff (después de su conversión al cristianismo ortodoxo y consiguiente expulsión de la Unión soviética) realiza en su obra *Una nueva Edad Media*, podríamos decir que el proceso que ha dado a luz la modernidad comenzó en el Renacimiento cuando el hombre comenzó a disociarse de las fuentes espirituales de la vida, emprendiendo un itinerario que condujo a la reducción del hombre espiritual al hombre natural. El hombre se sometió a su «materialidad», quedando separado y disociado de su interioridad, de su vida sobrenatural. El triunfo del hombre natural sobre el espiritual en la historia moderna nos condujo a la esterilidad creadora, es decir, a la autodestrucción del hombre en un humanismo suicida. El vacío a que ha conducido esta existencia superficial y «descentrada», donde se ha proclamado la muerte de Dios no ha llevado a que Dios muera, sino a la muerte del hombre mismo. Fue así que para el supuesto engrandecimiento del hombre, este humanismo antropocéntrico le privó de la semejanza divina y le sometió a la necesidad natural. Así el hombre no tuvo de dónde sacar nada creador de las fuentes de su interioridad porque ya no pudo acceder a ella; quedó relegado a la superficie. Esclavo de lo material y prisionero del conocimiento sensible no tuvo como acceder al mundo espiritual y acabó eliminándolo tanto en la especulación filosófica como en la vida práctica. La proclamación de la muerte de la metafísica terminó reduciendo su conocimiento de la naturaleza al ámbito de las matemáticas—fue Galileo quien dijo esta frase de horribles consecuencias posteriores: «el universo está escrito con caracteres matemáticos»—, a una comprensión de la naturaleza (en sentido aristotélico) como si fueran un reloj, cuyo funcionamiento es meramente extrínseco. Ciertamente, el problema ya lo veía San Pablo cuando dice: *el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del espíritu de Dios, pues para él todas son una*

necedad. Y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con una luz espiritual que no tiene. Sólo el hombre espiritual puede ser un verdadero creador sumergiendo sus raíces en la vida infinita y eterna. La historia moderna ha sido edificada con la ilusión de que el hombre podría desarrollarse y hacer un mundo más humano dissociado del mundo sobrenatural, del mundo divino. De aquí que vuelto al mundo material, se ha llegado a violar y a invertir la subordinación de lo natural a lo sobrenatural. Así, el error de la modernidad no se debió a las cosas auténticamente santas de la Iglesia católica. Fue el hombre quien por sus caídas alteró y desfiguró el cristianismo, y finalmente se alzó contra él, traicionándolo y haciéndolo responsable de sus culpas y pecados. Robert Hugh Benson en su libro *El alba del cristianismo* dice que el mundo moderno ha de llegar a destruirse a tal punto que finalmente no le queda otra solución que una disyuntiva final (como sucede hoy con algunos jóvenes convertidos de Schola Veritatis): «O la Iglesia católica o nada». Lamentablemente el Catecismo de la Iglesia católica no habla de ninguna ley del péndulo, es decir, de una supuesta vuelta de Occidente a la Iglesia. Sí nos dice que en este proceso de la autoafirmación del hombre como lo absoluto, en este falso humanismo está operando el espíritu del Anticristo, y que ha de llegar el momento en que se desvele la « impostura religiosa suprema (que) es la del (mismo) Anticristo, es decir, la de un pseudo-mesianismo en que el hombre se glorifica a sí mismo colocándose en el lugar de Dios y de su Mesías venido en la carne». Por último, recordemos a aquellos grandes autores que hace ya mucho tiempo han preanunciado de forma convincente la decadencia y muerte de Occidente, como Spengler.

El filósofo ruso de fines del siglo XIX, Vladimir Soloviev, en su significativo libro, *Breve relato del Anticristo*, atribuye el último testimonio a favor de Cristo, en medio de la apostasía generalizada del mundo, a un monje. El Anticristo espera de este monje el más valioso de cuantos reconocimientos ha venido obteniendo, y le promete nada menos que el gobierno, con él, de la nueva humanidad. A qué punto ha de reconocer la persona del Anticristo como necesario a la consumación de la apostasía mundial la capitulación de este monje que le realiza tal ofrecimiento. No obstante, el monje le responde: «nosotros no tenemos nada más precioso que Cristo», y le propone, sin temor, —al propio Anticristo— la confesión de la divinidad de Jesucristo, razón por la cual es muerto en el acto. Muere ante el Anticristo por dar testimonio de la verdad.

Queridos hermanos: San Gregorio Magno nos dice que «hubo un varón de vida venerable, bendito por gracia y por nombre —esto significa Benedictus—, dotado desde su juventud de una prudencia de anciano, quien prefiriendo sufrir las injurias del mundo a sus alabanzas y verse por Dios agobiado de trabajos que ensalzando por los favores de esta vida, se fue a vivir en soledad. Dice también que *pudiendo gozar libremente de los bienes temporales, despreció como árido el mundo con sus flores, y que abandonó Roma —la capital del Imperio— «conscientemente indocto y sabiamente inculto»*. Probablemente asqueado por la degradación de costumbres de un mundo que ya estaba deshecho y lleno de inmoralidades, parecido a lo que vamos viendo hoy. Allí en la soledad impresionante de Subiaco del siglo V, agrega el gran Papa monje, que Benedictus jamás entregó su vida a ningún placer.

En esa soledad San Benito vive solo con el Solo, es decir, solo con Dios, en una vida eremítica durante 3 años, una vida que San Gregorio describe con las profundas palabras de «habitare secum», esto es: «habitar consigo mismo». Son exactamente las mismas palabras que el hijo pródigo se dice a sí mismo, y que posibilitan el camino de retorno al Padre: esto es su conversión. San Benito en Subiaco hizo su camino de conversión, de descubrimiento de la interioridad, del encuentro con Dios que posibilita el encuentro y la auto posesión de sí mismo. En la Santa Regla propone a sus hijos el mismo itinerario del hijo pródigo: «volver por el trabajo de la obediencia, a Aquel de quien nos habíamos alejado por la desidia de la desobediencia». Este es el camino monástico benedictino, un camino singular inserto en el núcleo mismo de la vida cristiana, un camino de interioridad que conduce a la *pax*, lema benedictino. Esta paz no es un equilibrio que esconde profundas divisiones (como lo que ofrece el mundo actual), sino la «quies», la tranquilidad del orden por la redención intrínseca de la gracia divina que da al alma la paz con Dios, consigo misma, con el prójimo y con la creación.

Ahí tenemos a Benedictus, a San Benito, que ha realizado un camino hacia Dios que in-habita en su alma por gracia, un camino inverso al anti-itinerario por el que comenzó a caminar Occidente desde el Renacimiento y que lo va

llevando cada vez más al colapso final. ¿Cuál fue el resultado de este camino de nuestro Padre? Pues que el Monasterio por él propuesto se convirtió en una especie de «Civitas Dei», de una Ciudad de Dios como la descrita por San Agustín, que dio origen a las ciudades que conformaron Europa sobre todo a partir del Carlo Magno. El modelo del Monasterio propuesto por San Benito engendró un mundo cristiano fundamentado en una síntesis entre antigüedad clásica y Evangelio, entre fe y razón, entre contemplación y trabajo que fue capaz de dar vida a una civilización cristiana y constituir el elemento aglutinante de los hombres y de los pueblos de Europa durante 1.000 años.

San Benito comenzó por un camino de conversión en la soledad y silencio de Subiaco, como el hijo pródigo. Es ahí donde debemos volver a encontrar la linfa vital, nosotros en Schola Veritatis, si aun no hemos capitulado frente al influjo secularizador del mundo contemporáneo, y si pensamos como aquel monje de Soloviev que la salvación del mundo está en la confesión de la divinidad y del amor infinito de Jesucristo el Señor. Amén.

